La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 11 de mayo de 1908 — Núm. 1.376

Barcelona.—El 50.° aniversario de la restauración de los Juegos Florales.—Srta. D.ª María Ricart, reina de la fiesta

D. Juan Guasch, poeta premiado con la flor natural. (Composición de Nicanor Vázquez.)

Sumario

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. El acto inaugural.* – *La Exposición*, por Manuel Carretero. – *Homenaje á D. Manuel Milá y Fontanals.* – *Zaragoza. La Exposición hispano-francesa.* – *Barcelona. Los Juegos Florales de* 1908. – *Miscelánea.* – *El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *El centenario de la guerra de la Independencia en la isla de Cabrera (Baleares).*

Grabados.— *Barcelona. El* 50.° *aniversario de la restauración de los Juegos Florales. La Srta. D.ª María Ricart, reina de la fiesta. D. Juan Guasch, poeta premiado con la flor natural.* – *Las tres esposas*, tríptico de Eduardo Chicharro. – *De viaje. Retrato de un amigo*, cuadro de José M.ª López Mezquita. – *Retrato del conde de A.*, pintado por Manuel Benedito. – *Mi madre*, retrato pintado por Fernando Alvarez de Sotomayor. – *Jardines de Aranjuez*, cuadro de Santiago Rusiñol. – *D. Manuel Milá y Fontanals.* – *Barcelona. Monumento erigido á la memoria de D. Manuel Milá y Fontanals*, obra del Sr. Fuxá. – *Zaragoza. Inauguración de la Exposición franco-española.* – *Retrato de una cordobesa*, por Julio Romero de Torres. – *Retrato*, pintado por Pedro Sáenz. – *Retratos de los hijos de un amigo*, cuadro de Gonzalo Bilbao. – *Venganza*, cuadro de Carlos Vázquez. – *Barcelona. Juegos Florales de* 1908. *Aspecto del salón del Palacio de Bellas Artes.* – *Medalla conmemorativa del* 50.° *aniversario de la restauración de los Juegos Florales en Barcelona*, modelada por Juan Llimona. – *La isla de Cabrera, en donde están enterrados los soldados franceses hechos prisioneros en la batalla de Bailén.* – *Palma de Mallorca. Los expedicionarios barceloneses á la entrada de las cuevas de Artá.* – *El crucero inglés «Gladiator» después de su choque con el transatlántico «Saint-Paul.»*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—Dos cosas hay que nos han amargado la vida, me dijo un señor formal, de unos cincuenta y pico de años. Dos cosas que no se conocían en mi tiempo, ó si se conocían tal vez en los gabinetes de los sabios, no habían llegado á noticia de los míseros mortales, y por consiguiente no les preocupaban, ni les quitaban el sueño, ni influían en su existir. Estas dos cosas..., ¿no lo adivina usted?, son... los microbios y el termómetro.

—¿El termómetro?, repetí sin darme cuenta del sentido de la frase.

—El termómetro, sí; el termómetro clínico. Antaño se enfermaba uno y se moría uno en paz, con cierta sana y ventajosa ignorancia de los síntomas alarmantes. Yo creo, Dios me perdone, que de esta ignorancia participaban los médicos. Por algo se inventó el famoso chascarrillo del doctor diciendo al enfermo: «Si tiene usted calentura, no me lo niegue...» Hoy, la incertidumbre no es posible ni para el médico ni para el paciente. La calentura se delata á sí misma, en la columna capiliforme que encierra el tubito de vidrio: allí da voces, y todos saben el límite fatal de su elevación, las altas temperaturas que abrasan y disuelven la sangre y calcinan el organismo. Y claro es que, si el médico estima preciosa la indicación del termómetro, el enfermo se desasosiega con ella, al comprobar que su calentura sube...

***

—No es todavía lo peor el caso de enfermedad, respondí; doblemente grave me parece el caso de aprensión... Los enfermos imaginarios, ó que sin serlo aumentan con su imaginación su mal, abundan más de lo que se cree. Yo conozco personas que padecen todo aquello de que oyen hablar, sea aneurisma ó dolor de ijada, sea cáncer ó escarlatina. Notan los síntomas, estudian el desarrollo, se miran la lengua al espejo, se tientan las sienes á ver si dan latidos, se estudian los ojos, la respiración, el andar y hasta funciones mucho más viles... Despiértanse azoradas y llenas de terror porque han creído percibir una inquietud sospechosa, y ya les tenéis termómetro en axila, sacándolo al cabo de algunos minutos para ver si pasan varias décimas de la normal... Vivir así no es vivir; vivir así me parece hasta despreciable.

—¿Quién lo duda?, exclamó mi interlocutor. La vida, para poder ser soportable, exige una gran dosis de inconsciencia. Sentir demasiado el chirrido de sus ruedas y secretos resortes, es peor mil veces que la muerte, porque al cabo la muerte es una inconsciencia mayor que todas, y en eso está su ventaja. Pero—volviendo al termómetro—el termómetro, por lo menos, no nos acosa sino en algunos días malos y penosos; cuando la enfermedad nos clava sus garras y nos postra en el lecho. Los microbios, en cambio, son como los «nuestros enemigos» de que habla la cartilla. En todas partes nos combaten y persiguen.

A fe que tenía razón. Los invisibles duendes de los cuales habló en són profético el padre Fuentelapeña, nos preocupan en razón directa de su misma invisibilidad y pequeñez misteriosa. ¿Dónde están? ¿Por qué puerta del organismo van á abrirse brecha para desmoronarnos? ¿Los tragamos con el alimento? ¿Los bebemos con el agua? ¿Los respiramos con el aire? Todo esto y mucho más sucede. Entran hasta por los poros, y se cuelan á la sangre como traidoras sierpes que aprovechan las hendeduras de un edificio para deslizarse dentro de él y construir su nido repugnante.

Algunos de estos bicharracos han sido desenmascarados ya; otros guardan todavía el riguroso incógnito. Conocemos el bacilo de la tuberculosis; conocemos el de la fiebre tifoidea; conocemos el del cólera... Es decir, es un modo de hablar; la verdad es que no nos han sido presentados; nuestros ojos no han llegado á verles. Nos dicen que son de este modo, del otro, y que se les combate así y asá, con ciertos sueros y ciertas inyecciones. ¿Eficaces? No; esta es la verdad amarga. De los famosos sueros, el único que va haciéndose respetar un poco es el de la difteria. El *croup*, verdugo de los niños, á quien un ilustre novelista llamó *el mayor monstruo*, parece derrotado. Las demás enfermedades infecciosas continúan triunfantes, y su microbio se ríe de la ciencia. Y en todas partes, en medio de las alegrías, surge el microbio amenazador, terrible, blandiendo su alfilerito *de monja*, chiquitín como la daga del rey de los enanos,—seguro y certero, inevitable.—¿Como prevenirse contra el microbio? Mucha higiene, mucho cuidado. La esclavitud de ese cuidado y de esa higiene es la más cruel de las tiranías á que el microbio nos sujeta.

***

El microbio me ha hecho estos días una de las suyas. Me ha torcido un viaje con el cual soñaba. Lo realizaré, claro es, al fin y al cabo, con permiso del microbio; pero ¿quién sabe si al realizarlo estará mi espíritu en la misma disposición que ahora? Empapada de lecturas que todas se relacionan con el viaje; con la fantasía impregnada de imágenes bellas y brillantes que revestirían de esplendor el árido camino..., ahora, en esta primavera tardía y amortiguada, era justamente cuando yo había proyectado mi excursión por la Extremadura española.

Dicen los que están familiarizados con esa tierra y aun los que sólo de paso la han recorrido, que es de lo más despoblado y yermo de España. Los cronistas, y hasta escritores extremeños tan enamorados de su país como D. Vicente Barrantes, reconocen este despoblamiento y aridez, que no es debido únicamente á condiciones del suelo, sino principalmente á circunstancias históricas. Cantera y vivero fecundo de una raza de héroes, Extremadura vió abandonados sus campos porque todos los hombres partían á la conquista. Mérida, que tenía ochenta mil habitantes, se ve reducida en 1530 á mil doscientos vecinos. Badajoz, de sus quince ó veinte arrabales populosos, sólo uno conserva. Llega un momento—nos lo dice la historia—en que los silos no encierran grano, los hornos no cuecen pan, en los hogares no se enciende lumbre, y el lecho de las esposas está frío y desierto. De la tremenda sangría de las conquistas y las guerras, Extremadura no se ha repuesto aún, á la vuelta de siglos.

En esa noble decadencia, que simboliza cumplidamente la de España, encuentro yo un encanto, un atractivo especial. Misterioso respeto y honda simpatía embargan mi ánimo, al pensar en la soledad de las comarcas de donde procedieron los titanes. Dijérase que la tierra, después de producir tales hijos, no puede ya engendrar cosa alguna; ni árboles, ni plantas, ni flores. Majestad y dignidad infinita hay á veces en las regiones desprovistas del encanto de la vegetación lozana y fresca que viste á Galicia y á Asturias. La misma aridez característica del solar extremeño—cortada por oasis encantadores como la célebre Vera de Plasencia—me halagaba, halagaba á mi pensamiento lleno de recuerdos, lleno de paisajes deslumbradores del pasado.

***

¡No contaba con el microbio!.. Cuando ya casi tenía preparada la maleta, al informarme un poco del aspecto práctico del viaje, me he encontrado rodeada de personas que conocen bien á Extremadura, que poseen en ella dehesas, castillos y palacios, y que me dicen con gesto de alarma:

—Muy atractivo es el viaje para usted, con la preparación de tanta lectura y tanto interés como se toma... Pero no lo haga usted ahora, de ningún modo: se expone usted á coger la infección palúdica.

—¿Tanta hay?

—Mucha. Falta agua en el país; existen charcas cubiertas de ese verdor que caracteriza las *maremmas* romanas..., y la calentura se desarrolla con rapidez. Ve usted caras de labradores consumidas por la perpetua *malaria*. Hay sitios en que las brigadas de trabajadores, en obras públicas, se remudan cada ocho días, por precaución contra el aire viciado. No estando aclimatado, como usted no lo está, el peligro es mayor. Hasta mediados de abril se puede ir sin riesgo. El caso es cuando empieza el calor á dejarse sentir. ¡No; ya no es estación propicia para visitar Extremadura!

***

Y se me caen los palos del sombrajo. Me veo en poder del microbio, con los escalofríos de la fiebre, en cualquier posada de uno de esos adorables poblachones que encierran á veces mayor cantidad de historia y de poesía que las grandes capitales, pero que carecen, ¡ay!, de lo más elemental para el cuidado de la salud... Y cuenta que no soy de las personas más aprensivas... Si yo me retraigo, ¿qué harán otros, qué harán los que no sienten el aguijón de esta apasionada curiosidad que me tienta cuando pienso en la España de ayer, la que todavía subsiste, á pesar de azares, vicisitudes y catástrofes?

Adiós, quién sabe hasta cuándo, Mérida, Badajoz, Cáceres, Yuste, Trujillo, Medellín, lugares sagrados, donde palpitó eso que no se ha elogiado tanto como la reconquista y que fué doblemente heroico que la reconquista y la lucha por la independencia: *la conquista*... Sitios cuyo nombre escribo con veneración y cuya tierra seca me parece amasada de oro y luz... ¡Adiós, quién sabe hasta cuándo! Un microbio me encadena, más seguramente que cien grillos de hierro. Un microbio es vuestro enemigo. ¿Por qué no combatirlo?

***

Si yo pudiese disponer de fuerza como la que poseen los que gobiernan á una nación, y que tanto bien les permitiría realizar á poco que se lo propusiesen, haría en Extremadura inmensas plantaciones de eucaliptos, y canalizaría las aguas, no sé cómo, pero de suerte que no existiesen *maremmas*. Roma, según parece, se está saneando con sólo el eucalipto, que los frailes propagan celosamente. El lugar donde se alza el templo de las *Tre fontane* era nido de fiebres: ya es tan saludable como el que más, merced al balsámico árbol, tan feo y desgarbado como útil.

¿Y no es para afligir el ánimo eso de que una región española, la más gloriosa quizás, una región que los romanos y los árabes vieron floreciente, sufra un azote triste, pero remediable y combatible, como el paludismo? ¿Les es acaso indiferente á sus hijos que la región se ponga en condiciones de salubridad? ¿No era salubre cuando Carlos V buscó en ella el remedio á sus achaques, una naturaleza rica, un aire puro?

Todo esto me confunde y da en qué pensar. Una contrariedad, un mal humor invencible se apoderan de mí al renunciar, mejor dicho, al aplazar la realización de mi sueño épico, el viaje á la tierra de los conquistadores, á la vez que á otra tierra neta y castiza y llena de leyendas: la Mancha de Cervantes; aquella región donde la desconsolada Ruidera ha hecho lagunas con su llanto, y la cueva de Montesinos esconde su misterio caballeresco y romancesco, y los dolores del muerto y vivo corazón de Durandarte...

***

Aplacemos. ¡Quizás, después de todo, las fiebres de Extremadura no sean tan temibles como se cuenta! En España, antes de comenzar un viaje, os salen al paso todo género de sustos. Antaño serían los bandidos, las partidas, los franceses; ahora son los microbios... Y he aquí que, para viajar, se requiere también cierta suma de valentía, amén de una sobriedad espartana.

Emilia Pardo Bazán.

Para dar al cutis frescura seductora y suave aterciopelamiento, las parisienses usan la
CREMA DE SIVA
la mejor, la más útil y la más agradable de las cremas conocidas; la que ha sido adoptada por las elegantes de la alta sociedad mundana.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES, 57, RUE SAINT LAZARE, PARÍS. – De venta en todas las buenas perfumerías.— Depositario en España: Pérez, Martín, Velasco y C.ª—Madrid.

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1908

Las tres esposas, tríptico de Eduardo Chicharro

EL ACTO INAUGURAL

En la tarde del día 30 de abril último inauguróse solemnemente la Exposición Nacional de Bellas Artes, instalada en el que fué Museo de Ultramar y en el Palacio de Cristal, espaciosos y elegantes edificios que se alzan en el paseo del Retiro de la corte.

Asistió al acto una concurrencia tan numerosa como escogida, compuesta del elemento oficial, de artistas y de otras personalidades distinguidas y alegrada por la nota bellísima de las señoras elegantemente ataviadas. Desde mucho antes de comenzar la ceremonia, una gran multitud esperaba en los alrededores del Palacio de Cristal la llegada de la real familia, que había de presidir la fiesta.

Una doble fila de alabarderos señalaba el sitio por donde habían de pasar Sus Majestades y Altezas, y una compañía del regimiento de Saboya con bandera y música hallábase formada al frente del edificio para hacer á las personas reales los debidos honores.

En el atrio estaban los ministros de Instrucción Pública, Estado y Marina y las autoridades; en el interior, los representantes del cuerpo diplomático.

A la hora anunciada, fueron llegando Sus Altezas los infantes D.ª María Teresa y D. Fernando, que vestían, aquélla traje blanco con sombrero del mismo color, y éste el uniforme de húsar con la banda de Carlos III; Su Alteza la infanta D.ª Isabel, con vestido de tul negro sobre fondo gris; S. A. la infanta D.ª Luisa de Orleáns, de negro, acompañada de la marquesa del Aguila Real; S. M. la reina D.ª María Cristina, con traje heliotropo; y S. A. la princesa Beatriz, de gris obscuro, y finalmente SS. MM. el rey D. Alfonso, de capitán general con la banda del Mérito Militar, y la reina D.ª Victoria, con elegante traje claro, acompañadas de la duquesa de San Carlos, los elementos palatinos, los duques de Lécera y de Arión y los ayudantes de S. M.

El salón en donde había de efectuarse la ceremonia estaba artísticamente adornado con tapices y guirnaldas de follaje; en el testero principal se veía una corona real flanqueada por grandes alabardas doradas.

Cuando SS. MM. y AA. hubieron tomado asiento en el estrado, el ministro de Instrucción Pública señor Rodríguez Sampedro, con la venia de S. M., usó de la palabra pronunciando un corto discurso sobre la pintura española y la protección dispensada á las Bellas Artes por los gobiernos. Después, en nombre de S. M. el rey, declaró inaugurada la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1908.

Las personas reales, seguidas del elemento oficial, recorrieron luego las diferentes salas de la Exposición, deteniéndose delante de los cuadros más notables y felicitando á los autores de los mismos que se hallaban allí presentes. Terminada la visita, fueron SS. MM. y AA. obsequiadas con un *lunch,* que se sirvió en el pabellón árabe.

De viaje. Retrato de un amigo, cuadro de José M.ª López Mezquita

A causa de la insuficiencia del local, al público invitado no le fué permitida la entrada en el local de la Exposición hasta que salió de él la real familia.

Con la instalación en el ex Museo de Ultramar las obras expuestas han ganado notablemente, no sólo desde el punto de vista de la luz, sino también en cuanto á su distribución, puesto que, repartidas en salas de dimensiones relativamente reducidas, pueden ser mejor apreciadas, por lo mismo que la atención está menos distraída.

El local destinado á la sección de pintura lo constituye un salón central y seis salas laterales sencilla y artísticamente decoradas.

En el Palacio de Cristal, rodeado de frondosos jardines, se hallan instaladas las secciones de escultura, arquitectura y arte decorativo; las obras escultóricas especialmente están muy bien dispuestas.

Del valor artístico de las obras expuestas se ocupa á continuación nuestro estimado colaborador señor Carretero. Algunas de aquéllas, las más notables, van reproducidas en el presente número y otras las reproduciremos en el próximo.—S.

LA EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

Ya tenemos aquí en Madrid un local elegante y cómodo, que la admirable iniciativa de un buen subsecretario de Instrucción Pública, del señor Silió, ha destinado en buena hora á las Exposiciones de Pintura. Felicitamos, pues, al comienzo de estas notas al joven político y también á todos los señores jurados de pintura que, á ejemplo de lo que vieran con deleite en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, nos presentan hoy las ochocientas y pico de obras nuevas, alojadas con gusto y con orden.

Es el actual palacio de Exposiciones el que albergó en el Retiro muebles, armas, trajes, semillas de nuestra perdida isla de Filipinas. La sección de Escultura y la del arte decorativo vense dispuestas en el Palacio de Cristal del mismo hermoso Parque, á pocos pasos de la de Pintura.

Han concurrido á esta Exposición 82 expositoras y 599 expositores, y han sido desechadas 180 obras.

La Exposición, en resumen, puede calificarse de mediana. Esperábase mayor brío en los jóvenes artistas, más originalidad, más adelanto, en fin, en la evolución emprendida. Ahora los cuadros de sol están en decadencia y nuestros pintores casi los aborrecen. Triunfan, sin tapujos mal entendidos, los clásicos nuestros y los italianos y florentinos. Zuloaga tiene grandes admiraciones y á Tiziano se le venera. Conservan, sin embargo, nuestros jóvenes pintores su personalidad apegada á las más fuertes tendencias. Y este camino, que muchos creen una equivocación lamentable y triste decadencia de nuestra pintura, yo y otros muchos lo aplaudimos, animando á sus cultivadores para que sigan sin tregua «la mejora del original» en obras bellas donde se transparenten la verdadera poesía y las luchas más hondas del espíritu... «¿Qué pintores modernos llegarán, corriendo los años, á ser los mejores discípulos de Velázquez, Greco, Goya, Pantoja y Tiziano y á sucederles?» Quizás ninguno de los que hoy conocemos; pero es indudable que la labor de estos «simbolistas» ó «arcaizantes,» como ha dicho alguien, se citará siempre como primera piedra de un Renacimiento.

Y escrito este prólogo, daremos cuenta á nuestros lectores de lo que hemos visto expuesto en este Palacio del Retiro de la Corte, y qué lienzos y esculturas son las más notables y de nuestra predilección.

Comencemos por Santiago Rusiñol, el insigne paisista de Cataluña, que en el último concurso nacional obtuvo 50 votos para la gran medalla de oro. No descansa un instante en su espléndida labor este artista con dos almas. Ningún otro hermano nuestro, hijo de España, que sienta más intensamente la exquisita poesía de los paisajes. Yo he visto á Rusiñol copiarlos en este Aranjuez famoso y bello y llorar de emoción. No una medalla de oro daría yo á un artista, casi único, de este temple, sino docenas por cada uno de sus cuadros, que son pedazos de su alma, que se adueña con encanto soberano de esos rincones solitarios y viejos donde no entra jamás el sol, y los árboles son tupidos y las florecillas humildes, y las estatuas y las fuentes están ya rotas y abandonadas.

Los cuadros de Julio Romero de Torres son cinco tan hermosos, que por obras definitivas los toman muchos críticos y maestros. Es este educadísimo artista la revelación verdad del concurso. Personifica con su gran talento en los lienzos de su firma la vuelta atrás, que dirían algunos; y en verdad, lo que declaran sus obras á los más inteligentes en arte es el único camino fuerte y glorioso de la pintura. Romero de Torres observa su Andalucía de una nueva manera que quizás sea la que más se aproxima á la verdad. Dijimos hace tiempo que las mujeres de Córdoba eran muy tristes, como dignas hijas de los moros, y que el pintor andaluz Romero de Torres veía á sus paisanas como quien admira á santas, y copiaba sus encantos, sus almas llenas de poesía, como un idólatra, como Rusiñol llora sintiendo sus paisajes.

Retrato del conde de A., pintado por Manuel Benedito
(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

He aquí por qué vemos en uno de los cuadros principales de Romero de Torres cosas nuevas, originalísimas: las cantadoras y bailadoras y un tocador de guitarra como si fueran personajes bíblicos, justos, y más abajo, en otros cuadros del mismo notable autor, dos retratos—*Bendición* y *Fuensanta*—de mujeres cuyas almas no es ilusión que todos comprendemos, sino realidad asombrosa y uno de los aciertos más grandes que desde hace muchos años no habíamos admirado. Estos lienzos y los de *Musa gitana,* que es un hermoso desnudo entre Goya y Tiziano, y *Amor místico y profano,* son el *clou* de la presente Exposición, las obras más admiradas y las que si se trasladasen al Museo antiguo, á nuestra rica pinacoteca, no quedarían obscurecidas. El autor de estos celebrados lienzos domina ya su arte. Su dibujo es correctísimo, la colocación de sus figuras elegante y sobria y el color una maravilla de sabiduría, de armonía y buen gusto. Pero aún se observa en este pintor algo más que, en definitiva, es lo que decide su triunfo: el alma, la poesía, el que vemos todos muy entregado al artista en definir exquisiteces extrahumanas...

Eduardo Chicharro, de la misma manera que los dos pintores de que ya hemos hablado, presenta en esta Exposición algunas obras importantes. Sus cinco cuadros son muestras de dos tendencias distintas: una, la que aprendió en Sorolla, su maestro; la otra es idealista ó simbolista. Tiene su tríptico *Las tres esposas* aciertos de gran artista en el color y á veces en la transparencia de las almas de sus figuras, aunque no llega en esto á la intensidad que Romero de Torres lleva á sus lienzos. Chicharro juzgamos que está más en su campo en la copia de la Naturaleza, en *El Angelus* y en *Melancolía,* que son los otros cuadros perfectamente sentidos del mismo autor.

Rodríguez Acosta, el pintor granadino, no presenta en esta Exposición más que un lienzo de regular tamaño. Lo titula *Gitanos del Sacro Monte* y representa un interior de una vivienda de gitanos. Se ven cómodamente sentados aquí y allá á mujeres y niños de la raza, y al fondo un hombre que puntea la guitarra. Hay en esta obra dos ó tres cabezas admirables que recuerdan la de *La Gavirra,* que estuvo en Barcelona. La composición es sencilla, aunque sin llegar á serlo tanto como nosotros desearíamos. El color nos molesta quizás en un detalle de los pañuelos de las mocitas, que el buen gusto de Rodríguez Acosta debió cambiar de tono. Este joven pintor hase esforzado en presentarnos sus figuras tal como son y él las vió, sin idealidades que no pegarían bien en esta gente vulgar. Yo estimo este cuadro como uno de los mejores del concurso, que gustará al público y al Jurado. Sin embargo, Rodríguez Acosta hará cuadros más fuertes y originales, de esos que dominan todas las opiniones y nos rinden con noble admiración ante el talento de quien los presenta.

Santa María ha cambiado de dirección, de estilo en su pintura. Ayer eran los campos llanos y rojos de Burgos como los puede ver cualquier viajero, y el Cid guardándolos; hoy el notable pintor desdeña su tierra y penetra en la de los clásicos. Pero no es una obra mediocre, ni á ello se aproxima, estas hijas de Ruiz Díaz de Vivar, protegidas en su desgracia y desnudez por el servidor Ordoño, entre unos árboles añosos testigos de la crueldad de los condes de Carrión. Claro se ve que el simpático artista que acometió la difícil tarea de representarnos esta escena de leyenda en su buen lienzo *Las hijas del Cid,* no pudo librarse de las visiones de otros cuadros famosos de Tiziano, y en un paisaje de este gran maestro se inspiró. Es el único defecto de la obra, si así se juzga, y en cambio tiene este cuadro bellezas de armonía, de color, de dibujo, de expresión, etc., que sin disputa le colocan entre los mejores pintados del certamen.

José María Mezquita no descansa desde su ruidoso triunfo de revelación, premiado, hace seis años, con una primera medalla, y á todo trance porfía por otra recompensa de la misma importancia. Seis son los cuadros de la presente Exposición, y ninguno está al nivel de *Sus amigos,* que pintó hace tres años. A Mezquita le confunden los asuntos; cree encontrarlos en las escenas más nimias y en los personajes menos expresivos. Algún crítico mordaz citaría en este punto, como ejemplo, su cuadro del asno. Nosotros admiramos á Mezquita, y no dejaremos ocasión sin que hasta este joven llegue nuestro aliento de alabanza, que le anime en su durísimo empeño. De los cuadros que nos presenta, el que más nos satisface es *Modelo y pintor,* elegante y sencillo.

A Eugenio Hermoso le ocurre también algo pareci-

do: no presenta un acierto completo, un lienzo que esté bien del todo y no á trozos, como puede verse en los de las *Hijas de María* y *En la era*. Pintó este joven algunas caras de niñas extremeñas que nos recordaron con entusiasmo su cuadro ya juzgado *La Juma*. Mas después desdibujó otros rostros, no les dió vida, descuidó y complicó la composición y no supo, en fin, armonizar algunos colores de sus cuadros que ofenden á la vista, así el verde de una sandía y el rojo subido del zagalejo de una mozuela. Sin embargo, sus lienzos no son una labor vulgar que no revelen una definida personalidad que logrará ruidosísimos triunfos aquí y fuera de España.

Los hermanos Zubiaurre presentan ocho ó diez obras, algunas de ellas muy notables y todas dignas de alabanzas, porque evidencian que sus autores irán también muy lejos y dentro de poco serán artistas reputados. El estilo de estos pintores es el que hoy predomina en el gusto de la juventud: armonía entre el paisaje y las almas. Podemos decir que estos hermanos pintores son los Romero de Torres del Norte. Sus lienzos más celebrados en esta Exposición son *Amarratako* y *Las doce*. La intensidad de los rostros de las figuras es un gran acierto, como el paisaje y toda la composición. Nos atreveríamos á aconsejarles á tan admirables artistas que no abusen del gris y del verde en sucesivas pinturas, porque entonces no adelantarían en su carrera un paso y sus obras serían monótonas y desgraciadas.

Mi madre, retrato pintado por Fernando Alvarez de Sotomayor

No viene á esta Exposición Gonzalo Bilbao con ánimos de pelea, que nos recordarían aquellos tiempos muertos, y para el pintor sevillano felices, de *La Esclava*. Presenta este laureado artista varios acertados retratos, que aun estando bien no sobresalen tanto como tenemos derecho á exigir del talento de su autor. El grupo de mayor tamaño de los niños del Sr. P. O., si no llevase la firma de Bilbao, dudaríamos, por el estilo de pintura en él empleado, que hubiera salido de su fuerte y exquisita paleta.

Benedito y Sotomayor, que son jurados, exponen fuera de concurso algunos notables retratos. Son para mi gusto los mejores: del primero, el del *Conde de A.*, y de Sotomayor, el de su madre, que es una de las mejores pinturas que ha terminado este inspirado artista.

Meifrén, el paisajista catalán, trae á las salas del Retiro seis grandes cuadros que prueban otra vez más sus admirables condiciones. La vista de Mallorca es un lienzo decorativo que nos atrae. Sin embargo, donde Meifrén es un excelente pintor es en otros cuadros menores, como el *Jardín gris*, rico en color y lleno de poesía.

Carlos Vázquez tiene en la Exposición una sola obra, pero obra de grandes alientos por la fuerza dramática del asunto y por el vigor con que está tratado. El ansia satisfecha de una venganza cruel, implacable, hállase expresada admirablemente en la figura de esa muchacha gitana, en cuyo rostro y en cuya actitud se advierte la pasión que en aquella raza alcanza proporciones de exaltación salvaje. El paisaje constituye un bello fondo de ese cuadro, muy notable además por su colorido.

(Concluirá.)

MANUEL CARRETERO.

Jardines de Aranjuez, cuadro de Santiago Rusiñol. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

BARCELONA.—HOMENAJE A D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

El nombre de Milá y Fontanals, del literato eminentísimo á quien admiran y veneran los sabios de todo el mundo, irá eternamente unido al de los Juegos Florales de Barcelona. Él fué el verdadero iniciador de su restauración; él su primer presidente; él quien les dió calor y vida con el amor entrañable á las cosas de su tierra y con el altísimo prestigio de su personalidad ilustre.

Era, pues, natural que al celebrarse el cincuentenario de aquella restauración, se rindiese homenaje al que por tantos títulos es merecedor de la admiración, del afecto y del respeto de cuantos por el esplendor de las letras catalanas se interesan.

Entendiéndolo así, el Consistorio de los Juegos Florales del presente año ha organizado algunas solemnidades en honor del gran maestro.

La primera de ellas ha sido la inauguración y entrega al Ayuntamiento de Barcelona del monumento á Milá y Fontanals, erigido en el Parque de esta ciudad.

A las once de la mañana del día 6 reuniéronse en el despacho de la Alcaldía las comisiones, representaciones y delegaciones de los centros, corporaciones oficiales y entidades que habían de concurrir al acto, y desde allí se dirigieron al sitio en donde éste debía efectuarse y en donde esperaban los individuos del Consistorio y multitud de literatos.

Comenzó la ceremonia con un elocuente discurso que leyó el Sr. Franquesa y Gomis y en el que, después de dar las gracias al Ayuntamiento por haber prestado su concurso al homenaje, ensalzó con oportunas observaciones la vasta y fecunda obra de Milá como literato, poeta, filólogo, erudito y maestro; citó, comentándolos con breves y acertados conceptos, sus admirables libros *Los trovadores de España*, *De la poesía heroico popular castellana* y *Compendio de estética*, á los que calificó con razón de monumentos, y aludió, en sentidas palabras, al gran discípulo del eximio maestro, el señor Menéndez y Pelayo, y explicó las razones que movieron al Consistorio de los Juegos Florales á ofrecer al Ayuntamiento barcelonés el busto de Milá y Fontanals, del verdadero creador de esa institución, del que le imprimió carácter propio que la hace inconfundible con la generalidad de certámenes que en España se celebran. «Señor alcalde—terminó diciendo el Sr. Franquesa,—acabo como había empezado. Al entregaros la imagen de nuestro Milá, tenemos la seguridad de que la recibiréis con verdadera alegría para vuestro ayuntamiento y para la ciudad. Que Barcelona pueda contemplarla siempre; que los pinos que Milá tanto amó en vida, y que ahora rodearán su imagen, puedan besarla con los ásperos y sanos oreos que traen las emanaciones de nuestra tierra hasta fundirse con su alma en las regiones del infinito; que los ruiseñores vengan cada día á ofrecerle el tributo de sus cantos; que la juventud se inspire en su doctrina sólida y vigorosa, y que todo el mundo lo recuerde con respeto, con devoción y con deseo de imitar sus méritos y sobre todo sus grandes virtudes.»

El eximio literato D. Manuel Milá y Fontanals,
iniciador de la restauración de los Juegos Florales y presidente del primer Consistorio

Al terminar este discurso, el Sr. Menéndez y Pelayo, que lo había escuchado con emoción hondísima, abrazó efusivamente al señor Franquesa y Gomis, mientras el público aplaudía con entusiasmo.

El alcalde interino Sr. Bastardas descorrió la tela de los colores de la bandera catalana que cubría el busto, á los acordes de la banda muncipal y entre los entusiastas aplausos de los concurrentes.

El propio Sr. Bastardas, que había presidido la ceremonia, dió las gracias al Consistorio por la valiosa donación del busto del esclarecido maestro y expresó su satisfacción porque se había erigido el monumento á Milá en el Parque, en donde estaba ya el de otro catalán ilustre, Buenaventura Carlos Aribau.

Al acto, que resultó solemnísimo, asistieron, además de las representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial y de otras corporaciones, los literatos forasteros que han venido con ocasión de las fiestas de los Juegos Florales.

El busto de Milá y Fontanals, modelado en mármol blanco por el reputado escultor Sr. Fuxá, es de un parecido exacto y de un carácter altamente artístico. El monumento se alza en la plazoleta de los pinos.-R.

Barcelona.—Inauguración del monumento obra del escultor Sr. Fuxá, erigido en el Parque á la memoria de D. Manuel Milá y Fontanals
(De fotografía de A. Merletti.)

ZARAGOZA.—LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA

La ciudad heroica ha querido conmemorar sus inmortales hazañas de 1808 con una fiesta dedicada al trabajo y al progreso, con una fiesta de paz, en que aparecieran unidos por unos mismos sentimientos de hermandad los descendientes de aquellos que todos ellos puesto especial empeño en exponer los mejores productos y en presentarlos de la manera más elegante y artística.

En representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII y del gobierno, asistieron á la inauguración S. A. el Oficios y de Museos habíase levantado un altar con la imagen de la Virgen del Pilar; al lado estaba el trono y enfrente los sitiales de los obispos. Al pie de la escalinata alzábanse las tribunas de las autoridades y comisiones.

Zaragoza.—Inauguración de la Exposición franco-española, organizada para conmemorar los sitios de 1808

El arzobispo Sr. Soldevilla bendiciendo la Exposición en presencia del infante D. Carlos, que presidía la ceremonia en representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII. (De fotografía.)

en los memorables sitios se combatieron, cien años hace, con sin igual fiereza.

Por esta significación sola merecería elogios entusiastas la Exposición franco española organizada en la capital aragonesa; pero además de esto es digna de admiración especial, porque constituye un hermoso alarde de las energías maravillosas, de la prodigiosa actividad, de la voluntad del pueblo zaragozano que, en un período relativamente breve, ha llevado á cima una empresa verdaderamente magna. Todos han trabajado en ella con entusiasmo, con ardor, con perseverancia incansable; pero los que de un modo particular se han consagrado con alma y vida á la Exposición han sido D. Basilio Paraíso, presidente del Comité ejecutivo, y M. Gastón Routier, vicepresidente de la comisión francesa. A ellos singularmente se dirigen los aplausos de todo Zaragoza por el brillante éxito conseguido.

Los pabellones que componen la Exposición han sido construídos en la Huerta de Santa Engracia, siendo los principales los de las Escuelas de Artes y Oficios, con productos de diversas industrias; el Palacio de Museos, en donde están la instalación de la casa real, el museo de arte retrospectivo y las esculturas; el Palacio de la Alimentación, en donde se admiran magníficas instalaciones; el pabellón del Ministerio de Fomento; el de la Caridad, en el que se hallan los departamentos destinados al arte moderno; el de Maquinaria, el Francés, el Mesiano y otros muchos dedicados á espectáculos, diversiones, café, restaurant, etc.

El número de expositores es grande, habiendo

infante D. Carlos y el ministro de Fomento señor González Besada, respectivamente, quienes llegaron á Zaragoza el día antes del señalado para la ceremonia, siendo recibidos por las autoridades civiles y militares, comisiones de centros, corporaciones y entidades y jefes y oficiales del ejército. Una compañía con bandera y música les tributó los correspondientes honores. Después del discurso de bienvenida pronunciado por el alcalde Sr. Fleta y al que contestó con breves frases el infante D. Carlos, dirigióse éste á la capitanía general y de allí al templo del Pilar, en donde le esperaban el arzobispo, los obispos asistentes al concilio que en Zaragoza se celebraba aquellos días, y el cabildo. S. A. dirigióse bajo palio hacia el altar de la Virgen, oró ante la imagen algunos momentos y regresó seguidamente á la capitanía, en cuyo salón del trono efectuóse la recepción de autoridades y corporaciones oficiales y particulares.

Por la noche celebróse en honor del infante don Carlos un banquete de gala, al que asistieron el ministro de Fomento, el infante D. Luis Fernando de Orleáns, el alcalde, el capitán general, los gobernadores civil y militar, el arzobispo, los presidentes de la Audiencia y de la Diputación, el fiscal de S. M., el Sr. Paraíso, el delegado de Hacienda, el coronel jefe de parada y los marqueses de Asta, de Hoyos y de San Adrián.

A la mañana siguiente, después de visitar los cuarteles de la Aljafería y del Cid y de oir misa, que dijo el arzobispo en el templo del Pilar, presidió la ceremonia inaugural de la Exposición.

Entre los pabellones de las Escuelas de Artes y

Al llegar el infante D. Carlos, acompañado del ministro de Fomento, fué recibido por las autoridades y por el Comité ejecutivo de la Exposición, presidido por el Sr. Paraíso. S. A. se dirigió al templete, en donde esperaban el arzobispo Sr. Soldevilla, revestido de pontifical, y los obispos, é inmediatamente comenzó la ceremonia.

El prelado pronunció un elocuente discurso haciendo historia de las gestiones realizadas para conmemorar el centenario de los sitios, y bendijo la Exposición.

Usó luego de la palabra el Sr. Paraíso explicando su intervención en los trabajos de la Exposición por razones de su cargo de presidente de la Cámara de Comercio, atribuyendo la gloria del éxito á todos, desde el rey, que es el primer expositor, al obrero del último rincón de España, justificando el nombre de hispano-francés que se ha dado al certamen por el deseo de estrechar los lazos de amistad y afecto entre dos pueblos hermanos, y dedicando elogios á los obreros y á la prensa.

El alcalde dió las gracias, en nombre del pueblo de Zaragoza, á cuantos habían contribuído á la fiesta; el ministro de Fomento se asoció al solemne acto que se estaba celebrando, y el infante D. Carlos, después de un corto discurso en que recordó el cariño que S. M. el rey siente por Zaragoza, declaró, en nombre del monarca, abierta la Exposición, cuyos pabellones recorrió detenidamente, elogiando la distribución y el hermoso aspecto de las instalaciones.

Con motivo de la Exposición reinan en aquella ciudad animación y entusiasmo extraordinarios.—P.

Retrato de una cordobesa, por Julio Romero de Torres

Retrato, pintado por Pedro Sáenz

Retratos de los hijos de un amigo, cuadro de Gonzalo Bilbao

¡VENGANZA!, cuadro de Carlos Vázquez. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

BARCELONA. – LOS JUEGOS FLORALES DE 1908

La poética fiesta de los Juegos Florales ha revestido este año extraordinaria solemnidad. Tratábase de celebrar el 50.° aniversario de su restauración en Barcelona, y se ha querido que esta fecha memorable quedase grabada con caracteres indelebles en los anales de esa institución que tan poderosamente ha contribuído al renacimiento integral de Cataluña.

A la fiesta de este año han sido invitadas ilustres personalidades de fuera de Cataluña, habiendo correspondido á la invitación el eminente polígrafo Sr. Menéndez Pelayo; M. Wolf, ex alcalde de Bruselas; el inspirado poeta valenciano D. Teodoro Llorente; el popular escritor ruso Sr. Pawlowsky; el ilustre publicista francés Alberto Savine; el conde de Lassale, en representación de Alemania; el duque de La Salle Rochemaure, representante de Auvernia; el Sr. Tresserre, mantenedor de los Juegos Florales de Tolosa; el presbítero Sr. Costa y Llobera, representante de Mallorca; el Sr. Aude, del Felibridge provenzal; los Sres. Lacorte y Vergés de Ricondi, del Rosellón; el Sr. Fauré-Deré, del Languedoc; el lemosín señor Boysi; el Sr. Eberardo Vogel, eminente filólogo alemán, catedrático de la Universidad de Aachen (Aquisgrán) y autor de un diccionario alemán catalán; el filólogo Sr. Marietón, de París; el representante del *Mercure de France* Sr. Robin, y los Sres. Riba y Moles, en representación de la República de Andorra.

No disponemos de espacio para reseñar en sus pormenores las fiestas celebradas; así es que nos limitaremos á enumerarlas señalando lo principal de cada una.

En la noche del sábado, día 2, efectuóse en la Casa de la Ciudad una recepción en honor de los forasteros; hubo concierto por la banda municipal, *lunch* y elocuentes discursos que pronunciaron el canónico Dr. Jaime Collell, presidente de los Juegos de este año, y el alcalde Sr. Sanllehy.

La fiesta de los Juegos Florales celebróse al día siguiente en el Palacio de Bellas Artes, que estaba artísticamente adornado y presentaba un aspecto deslumbrador. Inauguró el acto el Sr. Sanllehy; leyó luego el secretario del Consistorio señor Matheu un breve discurso de homenaje á los restauradores de los Juegos; pronunció un elocuente discurso el Dr. Collell, y procedióse á la lectura de la memoria reglamentaria y á la apertura de los sobres que contenían los nombres de los poetas premiados. La *Flor natural* fué adjudicada á D. Juan M. Guasch, quien eligió reina de la fiesta á la bellísima y distinguida señorita D.ª María Ricart y Roger, que entre los aplausos delirantes de la inmensa concurrencia pasó á ocupar el trono. Los demás premios fueron adjudicados en la forma siguiente: la *Enzlantina*, á D. Apeles Mestres; la *Viola*, al reverendo Florencio Ribé; la Copa de oro del Consistorio, al Rdo. Salvador Galmés, y la pluma de oro, á D. Miguel de Palol. Además obtuvieron el accésit de la flor natural la señora Moncerdá de Maciá, el de la viola D. Juan M. Guasch, y los de la copa de oro D. José M.ª Folch y Torres.

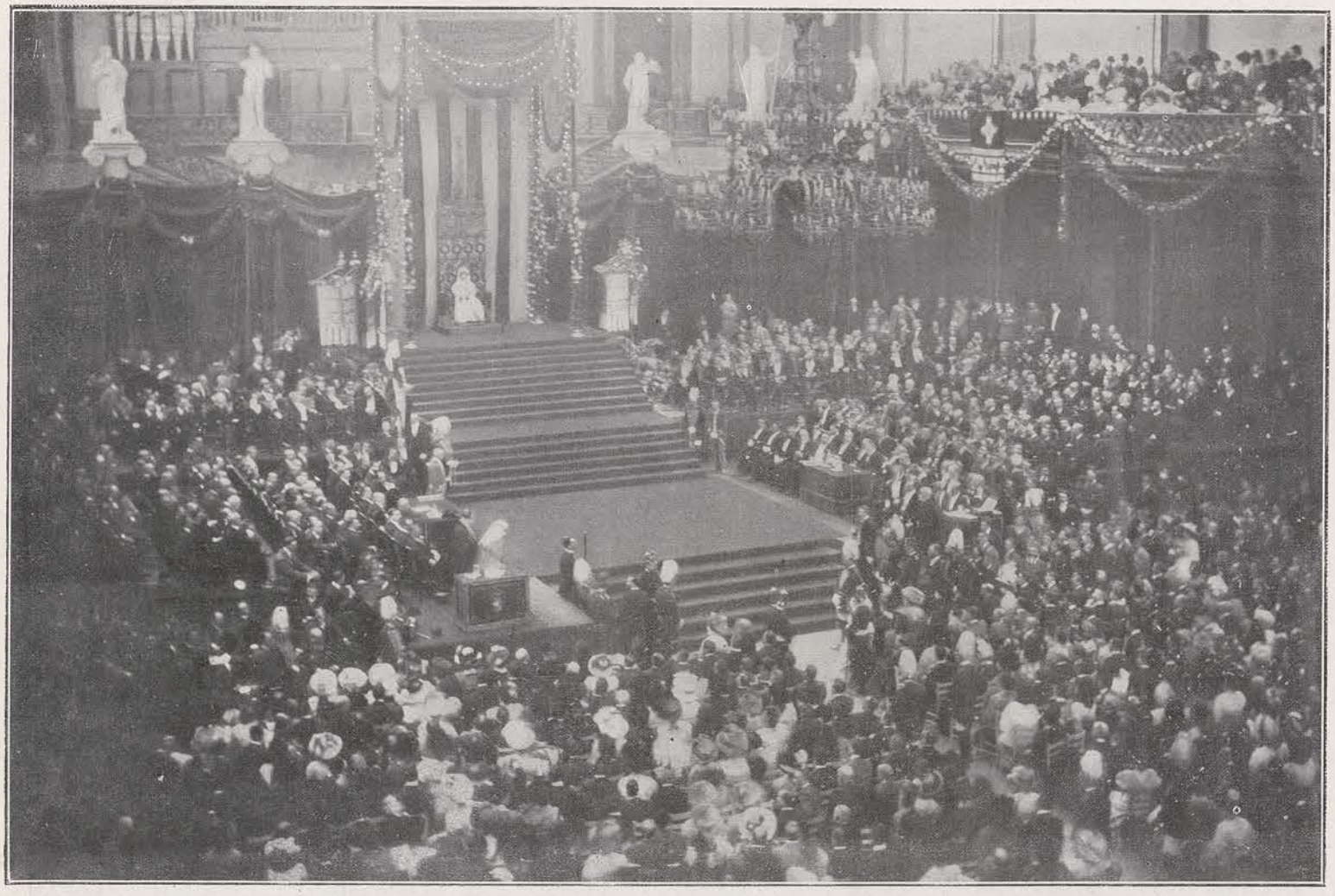
Fué proclamado luego *Mestre en Gay saber* D. Apeles Mestres, y un sentido discurso de gracias del mantenedor D. Juan Maragall puso término á la fiesta, que resultó brillantísima y en la que reinó el mayor entusiasmo.

Por la noche celebróse en la «Maison Dorée» el tradicional banquete en honor de los poetas premiados, al que concurrieron más de cien comensales y en el que pronunciaron elocuentes brindis los Sres. Sanllehy, Matheu, Aude, el duque de La Salle de Rochemaure, Tresserre, Vogel, Lacorte, Fauré-Deré, Vergés de Ricondi, Alcover, Perpinyá, Montanyola, Dr. Collell, Rusiñol, Robin, Picó y Campamar y Riba. Todos los brindis se pronunciaron en catalán.

El lunes, por la noche, se efectuó en el gran salón de la Lonja la velada en honor de los poetas y escritores catalanes difuntos, bajo la presidencia del Dr. Collell, que tenía á sus lados al concejal Sr. Fuster y al Sr. Menéndez Pelayo, ocupando los demás sitios del estrado los representantes forasteros, los miembros del Consistorio y otras representaciones y distinguidas personalidades. Los Sres. Picó, Tresserre, Aude, Vogel y Menéndez Pelayo leyeron notabilísimos discursos; además se recitaron poesías de Balaguer, Roselló, Rubió y Ors, Aguiló, Blanch, Forteza, Calvet, Soler y Pelay y Briz. Poesías y discursos fueron calurosamente aplaudidos por el selecto é inmenso público que llenaba el amplio salón.

Otras fiestas se han realizado en honor de los forasteros que han acudido á la invitación del Consistorio de los Juegos Florales, como las excursiones á Vallvidrera y al Tibidabo, á Folgarolas para inaugurar el monumento en honor del inmortal Verdaguer, y la función de gala en el teatro Romea con la representación de *Terra baixa*, de Guimerá, desempeñando el papel de protagonista el eminente actor Enrique Borrás. La falta de espacio no nos permite ocuparnos de ellas detenidamente, por lo que sólo diremos que, como en todas las demás, hubo gran entusiasmo y reinó la mayor cordialidad entre todos los que, siendo de distintas procedencias, se han unido en un sentimiento de amor á nuestra literatura y de piadosa veneración á nuestros más eximios literatos, para celebrar con solemnidades excepcionales las bodas de oro de los Juegos Florales de Barcelona.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia de corazón á tan hermosas fiestas y felicita calurosamente á sus iniciadores y á cuantos han contribuído á su excepcional brillantez con su presencia y su cooperación.



Barcelona.—Juegos Florales de 1908. Aspecto del salón del Palacio de Bellas Artes en donde se celebró la fiesta el día 3 de los corrientes. (De fotografía de Brangulí.)

Medalla conmemorativa del 50.° aniversario de la restauración de los Juegos Florales en Barcelona, modelada por D. Juan Llimona

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Esteva y C.ª* – El notable pintor Sr. Llaberías tiene expuestas cuarenta acuarelas, vistas de la costa de Levante catalana, que por sus asuntos, admirablemente escogidos, y por su ejecución irreprochable constituyen una manifestación artística de verdadera importancia. En estas obras, como en todas las de Llaberías, hay poesía, hay verdad, hay sentimiento y sobre todo luz y ambiente; son visiones hondamente sentidas y exteriorizadas con singular maestría.

Espectáculos.— BARCELONA. – En el Ateneo Enciclopédico Popular ha dado un interesante concierto el notable violinista Antonio Sala, quien, acompañado al piano por la señorita D.ª Lola Sala, ejecutó piezas de Locatelli, Saint-Saens, Max Bruch, Strauss y Popper, demostrando en todas ellas sus dotes artísticas excepcionales, así de interpretación como de ejecución, y logrando calurosos aplausos.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)

Desde la mesa solitaria, al otro lado del pasillo central, el hombre á quien Zoe había supuesto correo del rey, les observaba con pensativa complacencia

—La tengo por una espía escita, dijo con calma Zoe.

—¡Ah! No vayas tan aprisa. ¿Crees tú que esa muchacha?.. Te diré una cosa, y es: que eso de distribuir papeles imaginarios á quienes mejor te parezca, podrá ser muy bueno, pero no tienes derecho para... ¿Suelen acaso ir por regla general las espías acompañadas de tías de cierta edad?

—Falta saber si es su tía. ¿Es posible, Mauricio, que no hayas caído en la cuenta? Ella pretende apoderarse de los papeles que lleva el correo del rey: hasta el más joven é inexperto de tales funcionarios desconfiaría de una joven guapa que viajara sola.

—Pues yo hubiera dicho que si ella trama algo contra alguien, ese alguien eres tú.

—No, contestó Zoe. Ya sé lo que es. No está segura todavía de quién es realmente el correo del rey. El otro ha sabido disimular tan perfectamente, que ella está indecisa entre tú y él. Supondrá que vengo contigo para alejar de ti las sospechas, exactamente lo que respecto á ella viene haciendo su tía. Tratará de ponerse en contacto contigo sirviéndola yo de intermediaria. Estoy segura de que cualquier noche de estas la sorprenderemos registrando con una linterna sorda tu maleta, creyendo que allí tienes escondidos los documentos. ¿Qué opinas de esto, Mauricio?

—Si vas á dedicarte á componer novelas, dales, por lo menos, cierto viso de verisimilitud.

—¿De verisimilitud? Si todo cuanto he dicho es la verdad. Por de contado que ella no es espía de oficio. Será una joven de alto rango á quien las pérdidas del juego ó el haber tomado parte en intrigas políticas han puesto á merced del gobierno. Así se explica el por qué, á pesar de su deseo de hacerse amiga nuestra, quiere de todos modos tenerme á cierta distancia. Tú no sabes lo contentas que se ponen las señoras enriquecidas en el comercio cuando logran ser presentadas, en alguna tómbola de beneficencia, á una persona de la familia real. Le cuentan á todas sus amistades lo amable que estuvo la adorable princesa; pero á ninguna de ellas se le ocurrirá tomarse la más pequeña libertad. Por nada he de tomármelas con miss Edita ó Emilia Smith; pero ella teme que tal cosa pudiera suceder, y por eso adopta ese tono de superioridad. ¡Ah, Mauricio, si ella supiera! ¿No te halaga esa idea?

—El mozo está impaciente hace tiempo por acabar de llevarse los platos, dijo Mauricio. Me alegraré que acabes pronto para poder irme á fumar.

—Te encargo que te hagas amigo del correo del rey, dijo Zoe acabando de comerse aprisa los postres.

Pero Mauricio le respondió de un modo vago dirigiéndose al vagón de fumar, sin prometer nada en concreto.

Al volver á su compartimiento con la secreta intención de echar de paso una ojeada á la señora y á la señorita Smith, por poco se cae Zoe de bruces al tropezar con una maleta de viaje que la más joven de aquellas dos, sin preocuparse de la seguridad de los pasajeros, atravesaba en el pasillo. La culpable se deshizo en disculpas.

—¡Ah, qué aturdida soy!, exclamó. Podía haberse hecho un daño de consideración. Nunca me lo hubiera perdonado si, por mi descuido, se hubiese usted lastimado; más lo hubiera sentido que si se tratara de cualquier otra persona.

«No debieras decir descuido, sino mala intención, pues bien he visto que lo has hecho expresamente,» pensó Zoe.

Luego le preguntó:

—¿Por qué valgo yo más que las otras personas que van en el tren?

—¡Ah! Sí, porque..., y titubeó un momento, por la equivocación ocurrida con motivo de nuestro común apellido, y porque usted y yo somos las únicas jóvenes que vamos aquí, razón por la cual deberíamos auxiliarnos mutuamente.

«Tú no necesitas que nadie te ayude, y hazme el favor de no querer divertirte á costa mía,» siguió pensando la desconfiada Zoe.

En seguida preguntó en alta voz:

—¿En qué puedo servirla?

—¡Ah! Venga usted y hablaremos un poco. Mi tía siempre está durmiendo y yo no sé qué hacer. Todos los que van en el tren tienen algún amigo, alguna ocupación, menos nosotras dos, señalando con la mano á Mrs. Smith, que dormitaba, y á sí misma. Hasta usted, sin duda, viaja por asuntos de su respetable hermano. ¡Ah!, añadió observando en el rostro de Zoe la sombra de una sonrisa, ¿no está eso bien dicho en inglés? Ya usted lo ve, pudiera usted hacerme un favor enseñándome á hablar con propiedad mi propio idioma.

—¡Ah! No tenemos negocios de que ocuparnos; viajamos por gusto, dijo Zoe. Mi hermano acaba de terminar sus estudios, y nos pareció natural que disfrutara de las vacaciones. Si algún asunto traemos entre manos es uno mío. Ando en busca de color local. ¿Sabe usted lo que es eso? Pues es lo que hay que trasladar á la obra que uno escribe, y lo que todos pasan por alto cuando la leen. Cuantos conocen mis escritos me están siempre diciendo: «Usted debe viajar. Eso abrirá nuevos horizontes á su imaginación, y ganará usted mucho en color local.» Tengo una porción de cuadernos atestados de tal cosa en espera de asuntos en que poder aprovecharla; pero lo peor del caso es que cuando escribo algo, me ocupo tanto de los personajes, que me olvido del color local.

Quedóse la señorita Smith algún tanto perpleja al oir aquel trozo de autobiografía literaria.

—¿Luego es usted escritora? ¿Una bohemia?, preguntó con manifiesto desagrado.

—¿Escritora? Pues bien, sí, hasta cierto punto, una muy humilde escritora; pero bohemia, ¡ah!, eso no. Ojalá lo fuera. ¿Quién tuvo jamás noticia de que un apellido tan vulgar y prosaico como el de Smith figurara para nada en la bohemia literaria?

Luego, viendo que la joven no había ni siquiera pestañeado al oirla, dijo entre sí con gran contentamiento:

«Lo sabía, sí, sabía que no se llamaba Smith.»

—Pues yo no tengo ni aun el pretexto de andar buscando color local, dijo la joven que se hacía llamar miss Smith. Quería viajar... para hacerme por completo inglesa, y conseguí que mi tía me acompañase. Ella es extranjera. ¿No lo ha notado usted? Yo me he educado á su lado fuera de Inglaterra.

«En dondequiera que fuere, no has necesitado que nadie te educara, ni me parece que la pobre señora Smith haya tenido mucho que ver en el asunto,» pensó Zoe.

Y añadió en voz alta:

—Pues bien, ahora estará usted muy contenta.

—Debiera estarlo, pero estoy un poco asustada. Nunca hasta ahora hemos viajado solas, y mi tía es muy nerviosa.

—Pues entonces, ¿por qué no han traído ustedes consigo una doncella ó un criado, ó una y otro?, preguntó asombrada Zoe.

—Eso es efectivamente lo que debiéramos haber hecho, y en Therma trataré de hallar unos sirvientes que nos convengan. Pero iba á proponerle á usted que durante el viaje nos uniéramos. Si usted y su hermano nos hicieran el honor de acompañarnos, especialmente á las horas de las comidas, no temeríamos encuentros desagradables.

Hablaba con la más completa tranquilidad, sin nada de aquella ruborosa timidez que era de esperarse, casi como si aquella proposición que hacía y que, en todo caso, debiera haberla hecho su tía, fuera cosa que no era posible rechazar.

«Mi buena pieza, ¿qué es lo que te propones?,» se preguntó mentalmente la sorprendida Zoe.

Luego, con la instintiva suspicacia de una hermana, añadió:

«¿Será Mauricio á quien traigas entre ojos? Si así fuera, eres de lo más despreocupado que he conocido.»

Después, dirigiéndose á la señorita Smith, le dijo con frialdad:

—No veo por qué haya usted de asustarse en lo más mínimo. No es fácil que molesten á unas señoras inglesas habiendo tantos caballeros de la misma nación en el tren.

—¿Qué te dije, Irene?, exclamó la señora Smith despertándose muy inoportunamente. Te cuidas muy poco de guardar las leyes de la buena sociedad. A esta señorita le ha de parecer tu franqueza muy chocante.

«¡Edita, Emilia, Irene! ¿Cuántos nombres tiene?,» se preguntó mentalmente Zoe, contemplando sin compadecerla el intenso rubor que cubrió el rostro de la señorita Smith.

—Ya le he dicho á usted que no se ocupe de estas cosas, dijo la joven con severidad.

La tía tornó á su somnolencia.

—Sí, mi nombre es Irene, dijo volviéndose con placentera sonrisa á Zoe, que fijaba la vista en el rótulo I. E. Smith que ostentaba un estuche para joyas. Tanto deseábamos ser inglesas de verdad, que mi tía ha estado tratando de llamarme por un nombre puramente inglés, pero sin resultado. Deseo que en lo sucesivo me llame usted Irene. Ahora, ¿querrá usted satisfacer mi curiosidad diciéndome cuál es su nombre? He visto una Z en uno de los baúles; es una inicial muy poco común.

—Me llamo Zoe, dijo de mala gana la interpelada, poniéndose de pie para despedirse.

—Un nombre griego, sin duda alguna, como el mío. ¿Quién sabe si, después de todo, resultamos ser primas, aunque lejanas? ¿Así, pues, quedamos convenidas en que usted y su hermano coman con nosotras?

—Dispénseme usted, pero ya tenemos hechos nuestros arreglos y tomado una mesa donde sólo cabemos dos, dijo impaciente Zoe, arrojando, como los Partos, un dardo al despedirse con toda la dignidad compatible con el movimiento del tren.

«¿Qué traerá entre manos?—se preguntaba otra vez al llegar á su compartimiento, adonde todavía no había vuelto Mauricio.—¿Será efectivamente una espía? Si lo es, lo mejor me parece que será portarnos como ignorantes de todo y sin desconfianza. No nos hará hablar más de lo que queramos. Le he de advertir á Mauricio que no se deje sonsacar. Lo más gracioso es que á mí me parece que está asustada de veras. Fijaba la vista en todos cuantos pasaban á nuestro lado.»

—Dispense usted, ese sitio está ocupado, dijo Zoe al ver á una persona junto á ella. ¡Ah, esto ya es de veras insoportable!, añadió viendo que dicha persona era miss Smith, que se sentó en el asiento de Mauricio.

—Venía á decirle á usted que nos colocarán en la misma mesa para el almuerzo, dijo apresuradamente. Un mozo ha venido á consultarme como cosa de cajón y yo..., yo le contesté: «¡Por supuesto!» A pesar de ser eso lo que deseaba, respondí en aquel momento maquinalmente. Vengo á suplicarle que no dé contraorden. Usted no sabe lo mucho que me importa el poder viajar como formando parte de una familia.

En el cerebro de Zoe comenzaron á surgir las más locas suposiciones. ¿Qué era aquella joven, una asesina, una nihilista ó una ladrona? ¿Qué designios tendría respecto á Mauricio? Intranquila por su hermano, no procedió con la finura debida.

—Siento tener que decirle que no podemos reunirnos con ustedes, dijo. Vamos á parar á casa de unos amigos.

—Pero si lo que yo pretendo es sólo para lo que dure el viaje, exclamó con impaciencia. En cuanto lleguemos á Therma, usted se va por su camino y yo por el mío. No volveremos á vernos más; pero usted sabrá, sí, usted sabrá de mí con toda seguridad; yo le prometo que ha de ver que no soy una ingrata.

—Para nada necesito su agradecimiento, dijo bruscamente Zoe. Lo que yo necesito es tener la certeza de que no trae usted entre manos algo que no deba ser.

—¿Que no deba ser? ¿Qué fechorías voy á estar tramando? ¿Cree usted que soy una anarquista que lleva bombas para arrojárselas al Gran Señor? Me parecen sus sospechas ofensivas en sumo grado.

—Lo siento. ¿No se le ha ocurrido á usted que también á mí me pudieran parecer ofensivas sus persistentes tentativas por trabar de todos modos conocimiento conmigo?

Y añadió para sí con satisfacción:

«Veremos si con esto la hago desenmascararse.»

Los ojos de la joven echaron llamas.

—Es usted una atrevida, dijo colérica. ¿Cómo tiene usted la audacia?.. Pero no, yo me lo tengo merecido. Señorita, ¿quiere usted aceptar la palabra que le doy de que nada malo intento? Viajo por un asunto enteramente de familia, que me encargó mi padre al morir. Llevo conmigo mis alhajas, que son de consiederable valor, para mí inestimable. De su seguridad puede depender el éxito de mi expedición. Una vez más le pido que me conceda la protección de su compañía y de la de su hermano; crea usted que para mí no es cosa fácil suplicar, pues no estoy acostumbrada á ello.

—Me parece que debiera usted darnos alguna idea de lo que es ese asunto antes de pedirnos que la acompañemos, dijo Zoe ablandándose.

—Si fuera sólo cosa mía, se lo diría á usted sin vacilar un momento; pero hay otras personas interesadas en ello. No, si la palabra que le doy no es para usted suficiente, puede usted seguir creyendo que soy una aventurera, una espía, lo que usted quiera; yo no tendré otro remedio que sufrirlo.

Cruzó las manos sobre la falda con tristeza y dignidad, pero los labios le temblaban y una lágrima rodó por sus mejillas.

—¡Ah, no llore usted!, dijo apresuradamente Zoe con el horror al llanto que tan propio es de la mujer moderna. Desde luego comerá usted con nosotros y viajaremos juntos, si es que usted necesita efectivamente que así sea. Bien entendido que si alguien me pregunta, yo no afirmaré que usted viene con nosotros.

—No se lo preguntarán. A una familia no se la pregunta nada. Dos señoras solas sería lo que pudiera llamar la atención. ¡Ah, cuánto me alegro!, exclamó dejando á un lado todo disimulo y secándose con fuerza los ojos. Eudoxia Vladimirouna, mi tía, quiero decir, está muy asustada y he tenido que darla ánimo, á pesar de estarlo yo mucho también. Todos los que veía me parecían espías ó policías secretos. Vi un equipaje rotulado con el nombre de Smith, y me fijé en usted y en su hermano; sus fisonomías me inspiraron confianza y pensé que iríamos seguras si nos reuníamos con ustedes. Nunca olvidaré, tenga usted la seguridad de ello, el favor que usted me hace.

Y volviendo á recobrar su aire majestuoso, se puso en pie y salió.

«Me parece que he sido una tonta—se dijo á sí misma Zoe de mal humor.—Pero, después de todo, ella se ha portado bien. Si en lugar de dirigirse á mí lo hace á Mauricio, no le hubiera costado tanto trabajo conseguirlo.»

—Ya he trabado conocimiento con tu amigo, el de los ojos extraños, dijo Mauricio al entrar. No es un correo del rey; puesto que tanto te interesa saber quién es, te diré que es un oficial del ejército de la India que regresa á su puesto, terminada su licencia. Ha de detenerse una ó dos semanas en casa de un amigo suyo que sirve en la gendarmería de Emacia y se llama Wylie.

—Bueno, casi eso mismo dije yo por suposición únicamente. ¿Has sabido algo respecto á miss Smith?

—¡Ah! Un señor muy gordo que, según parece, recorre este trayecto semanalmente y conoce á todos los empleados de la línea, andaba por ahí diciendo que le había manifestado el mozo del *sleeping car* que esa joven era de muy elevado rango y que viajaba de incógnito.

—Una princesa que se ha escapado de algún colegio, murmuró Zoe. Pues bien: mañana, ó ella baja en el concepto público, ó nosotros subimos, porque vamos á almorzar reunidos.

—¿Quieres decir con eso que, á pesar de todo, ya te has hecho amiga suya?, exclamó Mauricio. Pues bien: luego no digas que yo he tenido intervención en nada.

Pero al hacer esta advertencia, en el tono con que lo dijo se notaba cierta satisfacción.

IV

UNA PARADA EN FIRME

Cuando, años después, pensaba Zoe en su viaje, le parecía que á cada una de sus sucesivas etapas había ido en aumento su intimidad con Zoe Smith. La primera fué la horrible noche en que, soñolienta y aturdida, la llamó un feroz empleado de Aduanas alemán para que le explicara la naturaleza y objeto de los cuadernos que llevaba en su saco de viaje. Zoe sólo pudo contestarle con una mezcolanza de francés, latín y griego, lo cual, en vez de hacer que la tratara con mayor respeto, le hizo afirmarse en sus sospechas. Ni una palabra de alemán le venía á las mientes; la anciana señora francesa que, provista de un horrible gorro de dormir, ocupaba la otra litera, no tan sólo no acudió en su auxilio, sino que bien claro la veía atisbando por entre las cortinillas con mal intencionado contento, por ver si á Zoe la sacaban del tren y la llevaban ante la autoridad competente. Nunca le causó tanta alegría la presencia de otra persona, como la que le produjo la de Irene, que entró del compartimiento contiguo envuelta en una bata primorosamente bordada. Había oído el altercado, y en cuanto se presentó se hizo cargo del

principal papel de aquella escena. Habló en alemán y el aduanero se marchó aplacado, pero murmurando con aspereza que bien podía Zoe agradecer á *su hermana* el no quedar detenida junto con todo su equipaje. Vióse Zoe libre de un gran peso y dió las gracias á Irene de todo corazón. La señora francesa, defraudada en su esperanza de presenciar un conmovedor espectáculo, se puso incontinenti de parte del vencedor y comenzó á condenar severamente la grosería del aduanero y á encomiar el valor y sangre fría de Irene.

—¡Qué prudencia la de esa señorita!, exclamó. No dejó un momento de la mano la maleta de viaje que traía, ni en lo más recio de la discusión.

—Nunca la dejo, dijo sencillamente Irene. Vea usted, señora, estas alhajas son para mí muy preciosas. Fueron de mi difunta y querida madre.

Abrió la maleta y sacó una ó dos de las joyas que contenía, hermosas y de antigua forma, pero que á los ojos de Zoe no merecían el entusiasmo con que había hablado Irene de ellas.

—¡Ah, muy bonitas!, dijo la señora mirándolas con ojos codiciosos. Son de una moda demasiado antigua para una joven; sin duda usted las mandará montar de nuevo. ¿Pero cómo es, señorita, que siendo todas esas joyas de usted, no se ponga su hermana mayor ni un alfiler?

—No somos, señora, hermanas, contestó Irene, mezclando de modo encantador la verdad con la osadía. Pero nos queremos como si lo fuéramos. ¿No es verdad, Zoe?

Llevaba Irene también en la mano la maletita de las joyas cuando, á la mañana siguiente, se encontraron las dos en el compartimiento destinado á tocador. Habíanles advertido que se dieran prisa, pues las señoras mayores necesitaban peinarse, operación que no les convenía hacer á la vista de las jóvenes; pero Irene cerró la puerta y abrió por segunda vez la maleta.

—Ahora se lo voy á enseñar á usted todo, dijo alegremente. Así verá que tengo confianza en usted, aunque usted no la tenga en mí, y que estoy dispuesta á manifestarla todo cuanto á mí sola se refiera. Mire usted.

Zoe se quedó asombrada cuando la tapa, forrada de seda interiormente, cayó hacia adelante al ser oprimido un resorte, dejando al descubierto un admirable collar de gruesas perlas colocado en el fondo de un hueco hecho sin duda para él. De igual manera los costados y compartimientos de la maleta, manipulados de cierto modo, dejaron ver numerosos diamantes y esmeraldas de superior calidad que podían usarse por separado ó unirse para formar un collar ó una diadema, y un prendedor para el corpiño de grandes rubíes en forma de globo, flanqueado por dos alas extendidas y del que colgaba un medallón. Por último, Irene la mostró que el maletín tenía un doble fondo.

—Este es el más precioso de mis tesoros, dijo sacando cierto número de placas de oro que podían engancharse unas á otras para formar un cinturón.

En cada placa se veía, delicadamente repujada, la imagen de un santo de esmalte y en relieve sobre fondo de oro; la aureola y partes del traje de las imágenes tenían piedras preciosas incrustadas.

—Me veo en la precisión de traerlas ocultas cuando viajo, lo que hago con mucho miedo, pues esto es muy antiguo, sí, de una antigüedad fabulosa; no hay en el mundo otro semejante.

—De seguro será un trabajo bizantino, dijo Zoe examinándolo con gran interés.

Irene la miró con algún recelo.

—Sí, contestó con frialdad.

Y cogiendo de las manos de Zoe las macizas placas, las volvió á colocar en su sitio y dejó caer sobre ellas el doble fondo. Su disgusto era tan difícil de explicar, que Zoe sintió renacer en ella los recelos y desconfianzas de la tarde anterior; pero antes de que la maleta volviera á tomar su aspecto ordinario, había desaparecido la momentánea nubecilla y estaba Irene contestando con alegres bromas á las quejas que á través de la puerta le daba la señora Smith por su tardanza.

La segunda etapa de la estimación de Zoe por la personalidad de su nueva amiga, tuvo lugar en el almuerzo, cuando Irene dijo con sonriente desenvoltura á Mauricio, á quien Zoe acababa de presentar ceremoniosamente, como para indicar que el conocimiento hecho el día anterior no era todo lo formal que debiera ser.

—¡Qué buena ha sido Zoe disponiéndolo de modo que no haya necesidad de darnos enojosas explicaciones! Tenga usted la seguridad de que le estoy muy agradecida por haberme adoptado como hermana durante el viaje. Hasta que nos separemos en Therma, si no tiene inconveniente, seré para usted Irene sencillamente. Usted, si no me equivoco, se llama Mauricio.

Tan asombrado como su verdadera hermana y reparando en la cara asustada de la señora Smith, colocada en segundo término, Mauricio tuvo la suficiente presencia de ánimo para aceptar la situación tal cual se presentaba y murmurar entre dientes algo sobre placer y honor. La única persona de las allí reunidas que conservó su aplomo fué Irene, que señaló con la mano el asiento próximo al suyo para que se sentara Zoe y el de enfrente para que lo hiciera Mauricio, diciéndole á su enojada tía que ya tendría ocasión de ver cuán gentil y amable era su improvisado sobrino. Dando el ejemplo, como era de rigor, Zoe insistió en que la conversación se hiciera general, y al poco rato Mauricio y Zoe vieron desaparecer su embarazo y cortedad. Unicamente la señora Smith continuó irreductible, limitándose á contestar cuando directamente se le hacía alguna pregunta, pero los otros tres siguieron hablando y riendo con entera naturalidad.

Desde su mesa solitaria, al otro lado del pasillo central, el hombre á quien Zoe había supuesto correo del rey les observaba con pensativa complacencia.

«Me parece claro – decía entre sí—que la más joven es tan sólo hermanastra de Smith; la tía nada tiene de común con él. Supongo que estaría casada con un hermano de su padre, puesto que se llama Smith. Pero no, porque en ese caso también sería tía de él. Es todo un logogrifo el tal parentesco; pero tratándose de un apellido tan vulgar, puede que todo ello sea una mera casualidad. Me atrevería á sostener que la tía y la madre de la más joven son extranjeras y nobles, predispuestas á mirar con cierto desdén la parte de la familia que es inglesa y plebeya. Pronto se cansará Smith de que esa descarada se dé aires de superioridad, y en cuanto á su hermana, bien reparé que no le hizo mucha gracia el verlos entrar. Es de esas amistades en que pronto se fastidian mutuamente. Comprendo que quisieran trabar conocimiento con la hermanastra; pero ¿por qué traer á la tía que, según parece, cree á su sobrina sol y centro del universo? Lástima que no podamos eliminar á la señora Smith. Si se fuera... ¡Qué bien vendría ahora que le diera un fuerte dolor de cabeza! En tal caso, puede que Smith se apiadara de mi soledad y me invitara á su mesa. Parece que están muy alegres; si fuéramos tres en contra de ella, me figuro que bien podríamos hacer bajar un poco el tono á la señorita Irene. Los dos hermanos son demasiado condescendientes.»

No fué la señora Smith lo bastante amable para fingir una jaqueca; al contrario, bien se echaba de ver en la expresión de su semblante que, por más que de todo corazón aborreciera la situación en que se encontraba, ni caballos desbocados podrían arrancarla de su puesto. Mas no por eso se vió el capitán Wylie privado de la presentación que deseaba.

—Mi hermana Zoe Smith, la señorita Irene Smith, dijo Mauricio llevándolo junto á las dos jóvenes cuando hubo terminado el almuerzo.

Irene dirigió una sonrisa de agradecimiento á su seudo hermano por su *savoir faire*, si bien la presentación no pareció que la había complacido por completo, sin duda porque no se le había pedido antes permiso para hacerla. El recibimiento que hizo á Wylie fué frío, como si hubiera leído en su pensamiento y le pagara en la misma moneda; pero Zoe, que había pedido á Mauricio que lo presentara, se mostró amable. Wylie era el tipo de hombre con que soñaba. Si fuera hablador, le podría referir sin duda cosas maravillosas de la India, que le serían útiles más tarde; si no, podría, mirándole, imaginarse respecto á él cosas todavía más extraordinarias. Resultó que no era muy conversador, pero sí lo bastante para contestar cumplidamente las preguntas que se le hicieran. Zoe era maestra consumada en el arte de *revelar* las personas, como ella decía, ó de ponerles los sesos en tortura, según decía Mauricio.

A medida que el día avanzaba, echó de ver Zoe que iba aumentando la nerviosidad de Irene. No podía estar tranquila un instante, sino que iba de uno á otro compartimiento, de un extremo á otro del pasillo, temblando de emoción cada vez que se encontraba cara á cara con un pasajero ó con un empleado del tren. Por último, Mauricio sacó un tablero de ajedrez propio para viajes, y consiguió que se sentara á jugar con él, asegurándole que su inquietud desaparecería dando un paseo, al llegar á Viena, tan largo como lo permitieran los veinte minutos de parada y las cercas de la estación. Pero cuando se estaban aproximando á la imperial ciudad y se levantó Mauricio para coger el sombrero, ella cogió convulsivamente el brazo de Zoe.

—¡Ah! No me atrevo á bajar del tren. Si en alguna parte temo que me conozcan es aquí. Vamos en seguida á comenzar una partida, así podré tener la cabeza inclinada hacia el tablero. Permítame que le coja la mano.

Con la suya, fina y temblorosa, cogió la de Zoe por debajo de la mesa. Estaba colocando las piezas, cuando se oyeron los pasos de Mauricio que volvía. Entonces estrechó con más fuerza todavía la mano de Zoe exclamando:

—¡Que no se alejen mucho del vagón! ¡Que no tarden en volver! ¿No podrían quedarse aquí, con nosotras? No, eso infundiría sospechas. Pero dígales que no se vayan á gran distancia.

Mauricio y Wylie no acertaban á explicarse por qué las jóvenes estaban tan intensamente absortas en su juego, á pesar de lo cual las jugadas parecían hechas sin concierto, ni tampoco el por qué se habían negado tan resueltamente á parecer por el andén; pero hubieron de prestarles algún servicio, yendo, primero, á un puesto de libros á ver qué obras de Tauchnitz tenían de venta; luego, volviendo á comprar una para Irene, más tarde á buscar otra para Zoe, terminando por hacer otra expedición á fin de cambiar la de Irene, pues resultó que ya la había leído. Cuando esto último ocurrió, ya estaba Zoe casi tan nerviosa como Irene. Muy natural era que quisiese tener cerca á Mauricio; pero si detenían á Irene, como ésta parecía temer, ¿qué esperaba que hiciera por ella su hermano? No podía Irene figurarse que él y Wylie intentaran arrancarla de las garras de la policía austriaca. Por supuesto que se recurriría al embajador inglés; pero Zoe ya no creía que Irene fuera inglesa, y además, para ello Mauricio tendría probablemente que declarar su verdadero nombre, lo que Dios sabe los entorpecimientos que pudiera acarrear á los proyectos que acariciaban.

—¡Ah, Zoe, con qué poco cuidado juegas! ¡Jaque!, exclamó Irene. Juegas peor que meses atrás.

Esto le dijo para que lo oyera un policía, que se había aproximado lo bastante para oir lo que se hablara, y añadió luego dando un suspiro de satisfacción:

—Así acabaremos pronto.

Zoe levantó la cabeza con intento de decirle á Mauricio que le trajese una jícara de chocolate á fin de tener un pretexto para que no se alejara; pero vió con gran alegría que los pasajeros volvían corriendo al tren. Los tan temidos veinte minutos habían transcurrido.

—Ha de saber usted que ando oculta, dijo Irene en voz baja á Zoe al salir el tren de la estación.

—Me lo había figurado, respondió ésta; pero no debe ser por cosa mayor, cuando trae usted á su tia consigo.

—Es que por nada hubiera huído sola, dijo con un gesto de horror.

—Sí, ya sé que eso no estaría bien visto, contestó secamente Zoe.

—Algún día ya le contaré á usted todo lo que ha sucedido, siguió diciendo Irene. Creo estar ya á salvo; pues si hubiera fallado alguna de las precauciones que tomé, sabía yo que aquí era donde me habrían de atrapar. ¡Ah! Todavía hemos de pasar por otra estación antes de salir de Viena. Vamos pronto á jugar otra partida.

Pero la segunda estación era comparativamente de poca importancia, y el intervalo de terror duró poco. Zoe é Irene se soltaron de las manos y trataron de hacer creer á Mauricio que un súbito entusiasmo por el ajedrez no las había dejado aprovechar la ocasión de ver á Viena y sus cercanías. A la hora de comer, á pesar de los reparos de la señora Smith, le dieron á Wylie un asiento, provisional é incómodo, en uno de los extremos de la mesa; estuvo muy agasajado, debido en parte á verse Irene ya libre de sus temores y en parte á la buena voluntad que había manifestado acompañando á Mauricio en el desempeño de las comisiones que ella le había encomendado. La noche transcurrió sin sustos de ninguna especie, porque á pesar de haber cruzado las fronteras de la antigua Tracia, el registro de equipajes no se efectuó hasta la siguiente mañana; hubo necesidad de efectuarlo antes de llegar á Tartajé, donde los viajeros de Therma debían tomar otro tren, pues el expreso seguía directamente á Czarigrad. Al verlo desaparecer de su vista suspiró Zoe, pensando que ya el viaje había perdido la mitad de su encanto novelesco, pues el nuevo tren era de escasa importancia y en ningún concepto podía compararse con el admirable mundo en miniatura donde había pasado cerca de dos días. Andaba además tan pausadamente como el más pausado de los trenes rurales ingleses; la mohosa locomotora gemía y se lamentaba, arrastrándose mal de su grado para salir de la estación.

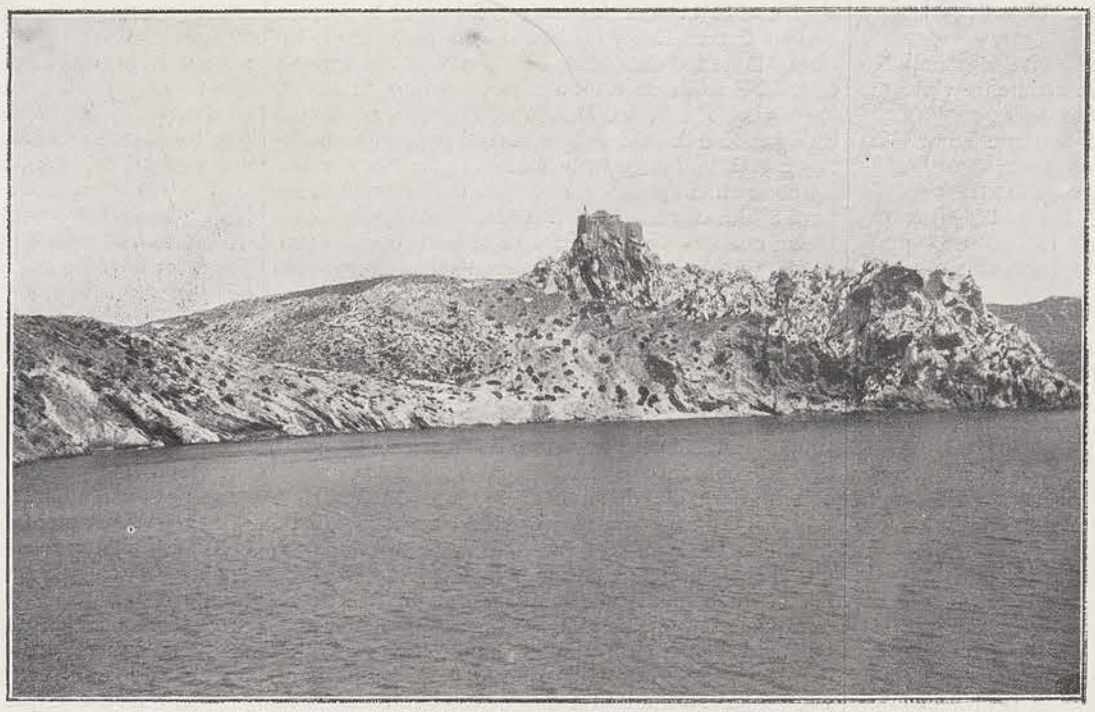
(Se continuará.)

El centenario de la guerra de la Independencia en la isla de Cabrera (Baleares)

La ceremonia efectuada el día 2 de los corrientes en la isla de Cabrera, no ha sido la conmemoración de las glorias guerreras conquistadas por los españoles en la grandiosa epopeya que se conoce con el nombre de guerra de la Independencia; ha sido, por el contrario, un piadoso recuerdo á la memoria de los soldados franceses hechos prisioneros en la famosa batalla de Bailén y que, en número de cinco ó seis mil, murieron en aquella isla durante los seis años de su cautiverio, víctimas de la soberbia de Napoleón, que no quiso nunca consentir su canje por los españoles que tenía cautivos en Francia.

Fué, por lo mismo, una solemnidad hermosa, un acto de fraternidad de dos pueblos que hace cien años se combatían con odio y á quienes hoy un sentimiento de amor junta ante una tumba modesta.

Del senador y catedrático D. Odón de Buen partió la iniciativa de colocar, en la fecha que parece compendiar el período de aquella heroica lucha, una corona en el mausoleo construído en 1847 por el almirante francés Joinville en el sitio en donde yacen los restos de aquellos infelices que perecieron tan lejos de su patria; y el Ayuntamiento de Palma, á cuya jurisdicción municipal pertenece la isla de Cabrera, acogió con entusiasmo la iniciativa del Sr. de Buen, dando así carácter oficial á tan noble idea.



La isla de Cabrera, en donde están enterrados los restos de los soldados francesess que fueron hechos prisioneros en la batalla de Bailén

Reunidos los elementos oficiales delante del monumento, el alcalde de Palma D. Antonio Roselló depositó al pie de aquél una magnífica corona de flores naturales, debajo de la cual el cónsul de Francia Sr. Audivert colocó otra, de flores naturales también, atada con una gran cinta de los colores de la bandera francesa.

El Sr. Roselló pronunció luego un elocuente discurso, en vindicación del Ayuntamiento de Palma de aquella época memorable, de quien afirmó que hizo todo lo humanamente posible para socorrer á los desdichados prisioneros, añadiendo que sólo la absoluta carencia de medios pecúniarios y la falta de comunicaciones fueron las causas insuperables de las tristes consecuencias que para aquellos desgraciados tuvo el abandono en que los dejó su soberano. Terminó haciendo votos para que nunca más puedan repetirse hechos tan dolorosos, para que nunca más se entreguen las naciones á los desbordamientos del odio y para que sea perdurable la fraternidad entre ambas naciones, entonces tan enemigas y hoy, por fortuna, unidas por los lazos de la más cordial amistad.

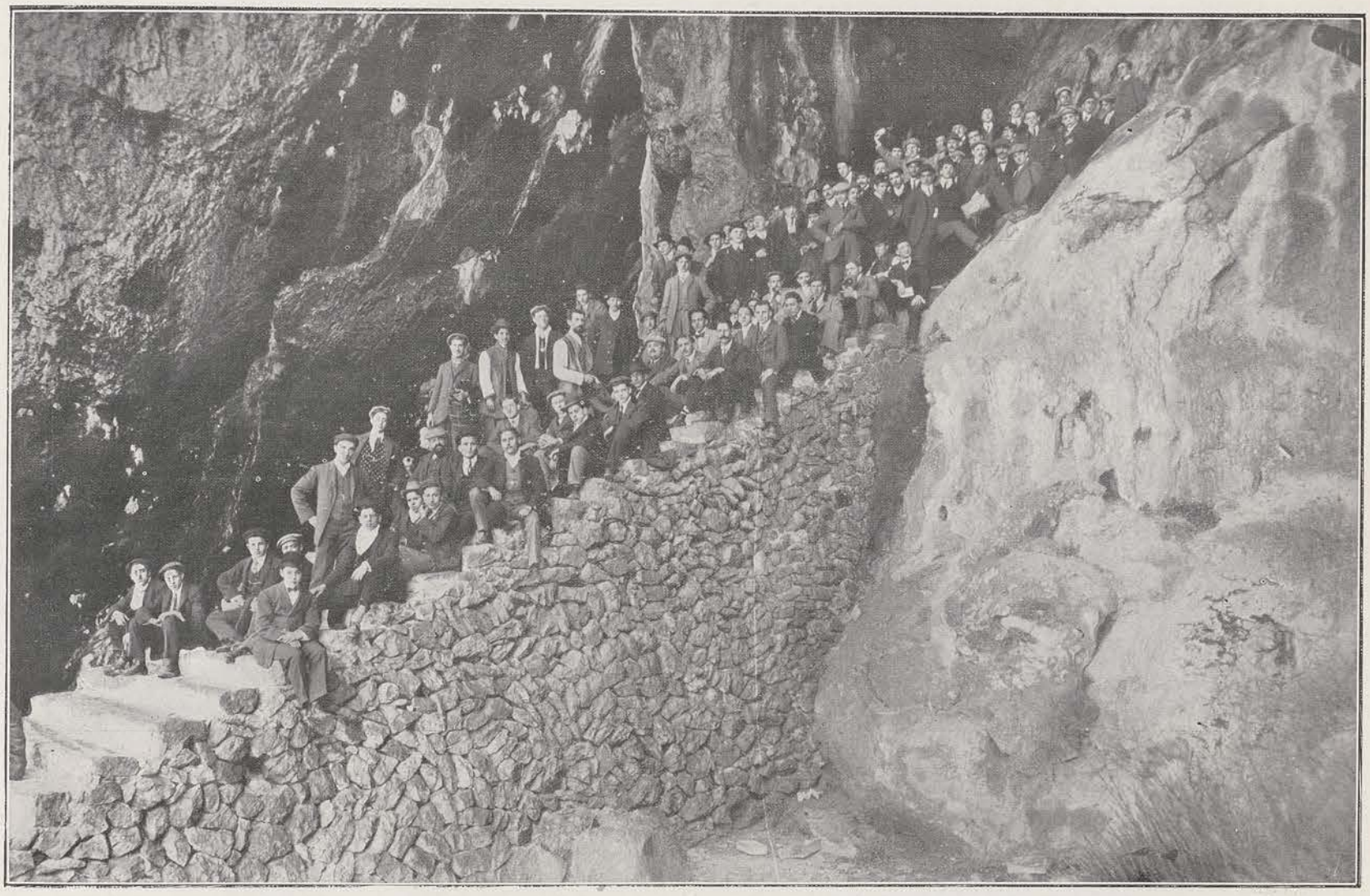
Análogas manifestaciones hicieron el diputado provincial D. Jerónimo Pau que, como diputado de más edad, presidía la representación de la provincia que asistió al acto, y el periodista madrileño Sr. Ródenas, que se asoció á éste en nombre de la prensa de la corte.

Los Sres. de Buen y Audivert pronunciaron sentidas palabras, el primero agradeciendo al Ayuntamiento de Palma el que hubiese acogido la idea del acto que se estaba celebrando, y el segundo dando las gracias, en nombre de sus compatriotas, á cuantos habían contribuído á aquel homenaje á la memoria de los soldados de Francia y expresando su esperanza de que no se romperá la buena armonía que hoy une á su nación con la española.

El público depositando ramos de flores en el mausoleo donde descansan los restos de los prisioneros franceses que fallecieron durante su cautiverio en la isla

La ceremonia, como hemos dicho, se realizó el día 2 y fué presenciada por una multitud enorme en

Terminados los discursos, los concurrentes desfilaron por delante del mausoleo, depositando todos



Palma de Mallorca.—Los expedicionarios barceloneses á la entrada de las cuevas de Artá

ellos ramos de flores sobre la tumba de aquellas víctimas de la soberbia de Napoleón.

Antes de la ceremonia de la isla de Cabrera, que de manera tan concisa acabamos de reseñar, los expedicionarios barceloneses, dirigidos por D. Odón de Buen, visitaron las famosas cuevas de Artá, admirando las magnificencias que en ellas ha acumulado la naturaleza y que asombran aun á los avezados á contemplar los más sorprendentes fenómenos geológicos.—T.

(Fotografías de A. Merletti.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

En todas las Farmacias del Globo.
INSTRUCCIONES SOBRE EL EMPLEO DEL JARABE DE DELABARRE y seguir los Sufrimientos de los Niños
FUMOUZE—PARIS
Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

El crucero inglés «Gladiator» después de su choque con el transatlántico «Saint-Paul» en las aguas de Port-Victoria, junto á la isla de Wight (Inglaterra). (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Un terrible choque ocurrido el día 25 de abril último en aguas de Port-Victoria ha ocasionado la total pérdida del crucero inglés *Gladiator*, que fué echado á pique por el transatlántico *Saint-Paul*. Había salido éste de Southampton á la una de la tarde, cuando le sorprendió una tempestad de nieve tan violenta que era imposible distinguir los objetos á una distancia de pocos metros. A eso de las tres menos cuarto, los pasajeros oyeron un formidable crujido; el *Saint-Paul* había chocado con el *Gladiator*, que desde Portland se dirigía á Portsmouth, tumbándolo y abriendo en su casco un boquete de 40 pies de largo. El transatlántico, que pudo desembarazarse rápidamente, echó al agua sus embarcaciones, logrando salvar á la mayoría de los tripulantes del crucero, de los cuales unos se arrojaron al mar y otros consiguieron encaramarse á la quilla del buque tumbado, cuyas lanchas no pudieron utilizarse á causa de la posición en que había quedado.

El *Gladiator*, crucero de 5.750 toneladas, se considera totalmente perdido; en cambio, el *Saint-Paul*, magnífico vapor de 11.629 toneladas, ha sufrido averías relativamente muy pequeñas.

El número total de tripulantes del *Gladiator* perecidos en la catástrofe es de 30.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI.**
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón